



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

**ESCUELA NACIONAL DE ESTUDIOS PROFESIONALES
IZTACALA**



U.N.A.M. CAMPUS
IZTACALA

LA ADOLESCENCIA: UNA PERSPECTIVA PSICOANALITICA

T E S I N A
QUE PARA OBTENER EL TITULO DE
LICENCIADO EN PSICOLOGIA
P R E S E N T A
CARLOS ALVAREZ CONTRERAS

DICIEMBRE 1996



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE
MEXICO

ESCUELA NACIONAL DE ESTUDIOS
PROFESIONALES IZTACALA

NOMBRE: CARLOS ALVAREZ CONTRERAS

TESINA

LA ADOLESCENCIA:UNA PERSPECTIVA
PSICOANALITICA

CARLOS ALVAREZ CONTRERAS

ASESORES: LIC. MARIA ESTELA FLORES ORTIZ
LIC. RAUL HERNANDEZ MACIAS
LIC. MARIA ANTONIETA DORANTES

1996

A MIS ASESORES

Esteta, Raúl y Toñita, que de una manera desinteresada y constante estuvieron a bien asesorar la presente, aun cuando el camino que se recorrió fue largo . Debo aquí reconocer el trabajo tan altruista que los asesores realizan para poder dar al aspirante el status que pretende. Mientras se cuenta con asesores como ustedes estén seguros que habrá profesionales capacitados y con la sociedad.

AL PROFESOR CENOBIO VEGA URBAN Y
LA PROFESORA EMILIA CASTAÑEDA

Siempre es bueno contar con modelos tan brillantes para que trajo quede a la medida.

Lo mejor que le puede pasar a un individuo es encontrarse con dos personas como ustedes porque la mitad de su camino estará recorrido. He tenido la fortuna de conocer a dos mentores realmente comprometidos con su trabajo y han sembrado en mí el amor por mi trabajo. Son ustedes las personas que dignifican y representan el papel del maestro. Agradezco infinitamente su amistad y sus enseñanzas que sembraron en mí la semilla de la perseverancia.

A MIS PADRES

Porque siempre hicieron todo lo posible por soportarme, primero, y proveerme de todo, después, para seguir adelante en una empresa en la que ni ustedes mismos tenían esperanzas. Me llena de orgullo poder dedicarles el fruto de su esfuerzo y su confianza.

A MI ESPOSA

TRIN

En la vida solo hay dos tipos de personas: aquellos que logran lo que se proponen y aquellos que observan a los que alcanzaron sus logros. La diferencia entre uno y otro no siempre la representa el tesón en la meta sino, mas bien, la persona que se encuentra a su lado haciendo las veces de juez y conciencia, respiración y aliento, cuchillo y espada, compañera y esposa.

Si alguien merece recoger el fruto de esta semilla eres tú.

A MIS HIJOS

Karla Enia y Luis Fernando

Espero que la presente obra les aclare sus dudas en su momento y les sirva como un estímulo para siempre luchar contra todo, para lograr lo que nos proponemos y amamos.

RESUMEN

Para investigar la adolescencia se deben tomar en cuenta los estudios previos que sobre el particular se han realizado. Una gran parte de las investigaciones acerca del comportamiento se ha dirigido a explicar el comportamiento infantil. A la adolescencia no se le ha estudiado con la misma intensidad. El abordar la adolescencia desde la perspectiva psicoanalítica precisa de conocer, antes, el desarrollo psicosexual del individuo para dominar la terminología empleada.

El despertar adolescente se sostiene en aspectos biológicos del individuo. La pubertad, marca el inicio de una nueva fase del desarrollo. Los cambios biológicos, primarios y secundarios, experimentados en el cuerpo, desatan una serie de conflictos a nivel psíquico que caracterizará y determinará el comportamiento del individuo en los próximos años.

Dentro de los aspectos psicológicos de la adolescencia encontramos, primeramente, el duelo. Vivir implica pasar una sucesión de microduelos. La adolescencia, la menopausia y el nacimiento son los tres momentos de la vida humana en que el monto de ansiedad promovida por el cambio es mayor. En ellos, los duelos se hacen por pérdidas en tres áreas y en tres tiempos.

Junto con el fenómeno del duelo camina otro que es clave en el periodo adolescente y que da vida a la problemática y formación del joven en este periodo. Todos los cambios que se evidencian en la adolescencia nos llevan a inducir que el adolescente se encuentra en una crisis: una crisis de identidad. La identidad es la autoexperiencia que une el Yo al irse dando las posibilidades más valoradas y corporales con aquellas más sociables.

Es hasta el periodo adolescente que se concreta el Edipo y se resuelve el Yo. La concreción del Edipo trae consigo una serie de relaciones objetales que darán forma y consolidarán al Yo de una manera firme y trascendente.

El adolescente no es un ente individual, se desarrolla en familia y pertenece a una sociedad que actúa como modeladora del comportamiento. La familia del adolescente vive la adolescencia quizá con la misma intensidad que el joven. Las modificaciones en el joven modifican la estructura de la familia.

Al igual que la familia, el grupo de pares es muy importante por cuanto ofrece un sólido apoyo a los adolescentes en su actitud característica de duda y desafío ante los valores e instituciones culturales adultos.

Finalmente, anotamos que la adolescencia tiene un arranque biológico y un desenlace psicológico. La adolescencia reviste una importancia capital en tanto es la depositaria de la formación del carácter del individuo que en el futuro inmediato habrá de tomar las riendas del mundo.

INDICE



PAG.

INTRODUCCIÓN.....	1
1. SEMBLANZA DE LA ADOLESCENCIA.	
1.1. DESCRIPCIÓN DEL ADOLESCENTE Y SU PROBLEMÁTICA.....	4
2. ENTENDIENDO LA ADOLESCENCIA.	
2.1. DESARROLLO PSICOSEXUAL.....	12
2.2. PUBERTAD.....	23
3. ASPECTOS PSICOLÓGICOS DE LA ADOLESCENCIA.	
3.1. EL DUELO ADOLESCENTE.....	29
3.2. BÚSQUEDA DE LA IDENTIDAD.....	33
4. DE LA CONCRECIÓN DEL EDÍPO A LA RESOLUCIÓN DEL YO E IDENTIDAD EN LA ADOLESCENCIA.....	41
4.1. LA FAMILIA Y LA SOCIEDAD.....	52
4.2. LOS GRUPOS.....	61
5. CONCLUSIONES.....	68
BIBLIOGRAFIA.....	71

Introducción



lo largo del presente escrito se abordará uno de los temas más importantes acerca del desarrollo humano. Si bien la psicología ha tratado de dar una explicación a un sinnúmero de comportamientos en diversas etapas del desarrollo humano creemos que se ha descuidado una que es de vital importancia por su marcada influencia en la conducta de la persona adulta; LA ADOLESCENCIA. Las investigaciones científicas de Piaget, Vigotsky, Wallon, Luria, entre otros, nos da una referencia acertada del pensamiento infantil en todas sus facetas, estas investigaciones tratan de explicar el comportamiento del niño hasta una edad que oscila entre los 0 y 11-12 años del individuo, exactamente antes de entrar en la etapa adolescente.

La mayoría de los investigadores del desarrollo humano no van más allá de ésta etapa, si bien inducen un estilo de comportamiento infantil que seguirá en la siguiente etapa, no la abarcan de una manera especial en sus escritos. La etapa de la adolescencia, por otro lado, ha sido poco estudiada, quizá por la complejidad y diversidad de comportamientos o quizá también porque se le resta importancia. Es irónico que en un país como el nuestro donde la mayoría de la población es joven no existan en cantidad suficiente estudios que se dirijan a explicar el comportamiento y la problemática del adolescente Actualmente más del 59% de la población masculina del país tiene menos de 19 años y casi el 68% menos de 24. El 58%

de las mujeres tiene menos de 19 años y 66% menos de 24 (INEGI, 1995). Un mundo de jóvenes es regido por un mundo de escasos hombres maduros y viejos.

El presente escrito tiene la finalidad, a través de la compilación de bibliografía psicoanalítica, de plantear elementos que ayuden a la comprensión de la etapa de la adolescencia. Se abordará también el aspecto psicosocial de la adolescencia, así como se tratará de dar una definición del adolescente y su problemática.

Todo tipo de comportamiento humano tiene una estrecha relación con la psicología, en tanto ésta trata de observarlo, intervenirlo y prevenirlo. Al insertar el comportamiento adolescente en el psicoanálisis abrimos un espacio mas de investigación en el profesional de la conducta acerca de uno de los comportamientos que en la vida actual crea mayor confusión en los individuos. El comportamiento del adolescente es tan diverso que en ocasiones preferimos soslayarlo y no enfrentarlo quizá por las experiencias que como individuos hemos tenido o también por la falta de mecanismos teórico-metodológicos que nos permitan abordar el problema.

Para el presente escrito y para la problemática adolescente creemos que abordada desde la teoría del psicoanálisis nos permitirá dar una explicación ya que podemos abarcar diferentes tópicos que irán entrelazados, así como diferentes autores psicoanalistas de diferentes escuelas pero que coinciden en sus apreciaciones acerca del desarrollo adolescente.

Esperamos que una vez finalizado el presente trabajo se convierta en un material didáctico que pueda ser aprovechado por padres, maestros, médicos y profesionales que tengan contacto con un adolescente para que comprendan de manera mas amplia a la juventud y que, por consiguiente se les ayude y oriente de manera más precisa.

1. Semblanza de la adolescencia.

1.1. Descripción del adolescente y su problemática.

Hasta hace relativamente poco tiempo la investigación psicológica estaba dirigida al desarrollo infantil con todas sus implicaciones, así se investigó desde lo que implicaba su desarrollo al nacimiento hasta llegar a los 12 años de edad aproximadamente (Piaget, 1964). Son también conocidas las investigaciones realizadas por Luria, Vigotsky y muchos más, todas dirigidas a las diferentes actividades que implican la evolución psicológica del niño.

Es en realidad hace poco el tiempo en que comenzó a llamar la atención de los estudiosos del comportamiento la etapa que sucedía a la infancia y que, como en ninguna otra, presentaba una problemática mucho más compleja por la incertidumbre que despertaba en los adultos. Si bien la adolescencia representa una etapa en el desarrollo humano, nunca se le dio la importancia que su estudio exigía. A los jóvenes se les encauzaba o se les reprimía, nunca aparecieron como tema de estudio de parte de investigador alguno.

Hablar de adolescencia no es solo tratar de elaborar una cronología de eventos que pueden llevar una sucesión lógica, es por ello que diversos estudiosos han definido la adolescencia de diversas formas, quizá tomando en cuenta el momento histórico del individuo y muchos otros poniendo especial énfasis en el medio ambiente en el que el adolescente se desarrolla. La gran variedad de estudios acerca del adolescente también arrastran a diferentes corrientes psicológicas a infundir su punto de vista acerca de su definición y su problemática, así vemos que para Bandura (1964) la adolescencia es un producto del ambiente en el que el joven se desarrolla, la sociedad le dicta una profecía que él mismo debe de cumplir. "Si una sociedad rotula a sus adolescentes como (TEENAGERS) y espera que sean rebeldes, impredecibles, desaliñados e incultos en su comportamiento, y si tal imagen se refuerza en forma repetida a través de los medios masivos de comunicación, dichas expectativas culturales pueden muy bien forzar a los adolescentes a desempeñar el papel de rebeldes. En ésta forma, una falsa expectativa puede servir para instigar y mantener ciertos papeles de conducta, a la vez que se refuerza entonces la creencia originalmente falsa".

Uno de los investigadores que mas trabajó en la concepción del adolescente lo fue sin duda Sigmund Freud al crear toda una teoría para describir al individuo y su comportamiento. Freud (1915) consideraba la etapa genital de la maduración sexual como el principio fundamental de la adolescencia. La adolescencia es un despertar de los impulsos sexuales de la etapa fálica, la cual ahora se orienta por canales aprobados socialmente (sublimación): relaciones heterosexuales con personas ajenas a la familia. Debido a los cambios fisiológicos

de la maduración sexual, los adolescentes ya no reprimen su sexualidad como lo hacían durante la etapa de la latencia.

Por otro lado, Anna Freud (1946) considera los años adolescentes como los más importantes para la formación del carácter. Los cambios glandulares que producen cambios fisiológicos también afectan el funcionamiento psicológico. La libido, energía básica que abastece el impulso sexual, vuelve a despertarse y amenaza el equilibrio id-ego (ello-yo), mantenido durante los años de latencia. Los conflictos resultantes causan ansiedad, así como posibles temores y síntomas neuróticos, que ponen de manifiesto defensas de represión, negación y desplazamiento. Para evitar ser abrumado por impulsos instintivos, los adolescentes emplean mecanismos de defensa del yo, tales como intelectualización (transformación de sus percepciones en pensamiento abstracto) y ascetismo (autonegación).

Consecuentemente Erik Erikson (1968) identificó la adolescencia como una crisis de identidad en oposición a confusión de papel. El rápido crecimiento del cuerpo y la nueva maduración genital evidencian ante los jóvenes su inminente adultez, y los hacen interrogarse acerca de su papel en la sociedad adulta. La tarea más importante del adolescente es descubrir "Quién soy yo". Los adolescentes también pueden expresar su confusión actuando impulsivamente, comprometiéndose en cursos de acción pobremente pensados o regresando a comportamientos infantiles para evitar resolver conflictos. Considera las pandillas exclusivistas de la adolescencia y su intolerancia a las diferencias como defensas contra la confusión de identidad. También considera el enamorarse como un intento para definir la

identidad. Llegando a intimar con otra persona y compartiendo sentimientos y pensamientos, el adolescente da a conocer su identidad, ve su reflejo en la persona amada y es más capaz de clarificar su yo. Para Erikson, la problemática que acompaña al adolescente va dirigida a lograr su identidad, su lugar dentro de la sociedad. Cuando logra identificarse, según Erikson, comienza el individuo a entrar en la etapa de la adultez.

Como hemos podido notar, la adolescencia está íntimamente ligada a la maduración sexual, tal parece que los cambios biológicos desatan conflictos psicológicos, de ahí que para Blos (1962) el término adolescencia se emplea para calificar los procesos psicológicos de adaptación a las condiciones de la pubertad, es decir, toda la problemática que plantea el adolescente se ve influenciada por la manera en cómo percibe a su cuerpo en comparación con compañeros de su misma edad. Además Peter Blos ve la adolescencia como la suma total de los intentos para ajustarse a la etapa de la pubertad, al nuevo grupo de condiciones internas y externas que confronta el individuo a lo largo del pasaje de la adolescencia. La etapa adolescente, según Blos, se puede describir en términos de fases o periodos y su duración no puede fijarse por un tiempo determinado o por una referencia a la edad cronológica. Las fases de la adolescencia son:

- 1.- El periodo de latencia: El periodo de latencia proporciona al niño los instrumentos, en términos de desarrollo del yo, que le preparan para enfrentarse al incremento de los impulsos en la pubertad.

2.- Preadolescencia: Durante la fase preadolescente un aumento cuantitativo de la presión instintiva conduce a una catexis indiscriminada de todas aquellas metas libidinales y agresivas de gratificación que han servido al niño durante los años tempranos de su vida.

3.- La elección de objeto adolescente: El estado mental y físico que generalmente se asocia con la adolescencia tiene cualidades muy diferentes a la fase preadolescente. La diferencia se muestra en una vida emocional mucho más rica, en una orientación dirigida a crecer, en un intento invencible para autodefinirse en respuesta a la pregunta: "¿quién soy yo." El problema de relaciones de objeto pasa a primer plano, como tema central, y sus variaciones tienen la totalidad del desarrollo psicológico en las dos fases subsiguientes.

4.- Adolescencia temprana: La característica distintiva de la adolescencia temprana radica en la falta de catexis en los objetos de amor incestuosos, y como consecuencia encontramos una libido que flota libremente y que clama por acomodarse.

5.- La adolescencia propiamente tal: La pubertad en forma implacable empuja al joven adolescente hacia delante su búsqueda de relaciones de objeto o, por el contrario, el evitarles, ilumina el desarrollo psicológico que está ocurriendo durante esta fase. El adolescente por fin se desprende de los objetos infantiles de amor, lo que con anterioridad ha tratado de hacer muchas veces. Los deseos edípicos y sus conflictos surgen nuevamente.

6.- Adolescencia tardía: La adolescencia tardía es primordialmente una fase de consolidación que debe contar con los siguientes aspectos:

- a) Un arreglo estable y altamente idiosincrásico de funciones e intereses del yo.
- b) Una extensión de la esfera libre de conflictos del yo.

- c) Una posición sexual irreversible resumida como primacía genital
- d) Una catexis de representaciones del yo y del objeto, relativamente constante.
- e) la estabilización de aparatos mentales que automáticamente salvaguarden la identidad del mecanismo psíquico. En resumen el logro de la identidad adolescente.

7.- Postadolescencia: La postadolescencia es la fase intermedia de transición entre la adolescencia y la edad adulta.

Para Knobel M. (1980) la adolescencia también es una búsqueda del individuo por establecer una identidad adulta, que se logra si se hace el duelo por la identidad infantil, encontramos que el joven atraviesa por lo que él llama "el síndrome normal de la adolescencia" y que se caracteriza por una serie de "síntomas" descriptivos de la etapa adolescente. El síndrome es el siguiente:

- 1.- Búsqueda de sí mismo y de la identidad.
- 2.- Tendencia grupal.
- 3.- Necesidad de intelectualizar y fantasear.
- 4.- Crisis religiosas que pueden ir desde el ateísmo más intransigente hasta el misticismo más fervoroso.
- 5.- Desubicación temporal, en donde el pensamiento adquiere las características del pensamiento primario.
- 6.- Evolución sexual manifiesta que va del autoerotismo hasta la heterosexualidad adulta.
- 7.- Actitud social reivindicatoria con tendencias anti o asociales de diversa intensidad.

8.- Contradicciones sucesivas en todas las manifestaciones de la conducta, dominada por la acción, que constituye la forma de expresión conceptual más típica de éste periodo de la vida.

9.- Una separación progresiva de los padres y

10.- Constantes fluctuaciones del humor y del estado de ánimo.

Finalmente, en una investigación realizada por el Grupo para el progreso de la psiquiatría: comité de adolescencia de Estados Unidos (1968) definen la adolescencia como un proceso psicológico, social y de maduración suscitado por la pubertad. Los cambios biológicos de la pubertad que dan origen a la adolescencia llegan a cierta estabilidad a mediados de ella. Esto ocurre mucho antes de que se llegue a un equilibrio similar en las respuestas afectivas y psicológicas. Puede decirse, por tanto, que la adolescencia, en cuanto fase del desarrollo humano, tiene un punto de partida biológico y un desenlace psicológico.

Toda edad tiene su problemática y ésta es el resultado de contradicciones evidentes entre las potencialidades biológicas inherentes a ella y las posibilidades que la cultura brinda para satisfacerlas.

El adolescente, hombre o mujer se encuentran en el umbral de una realización cabal desde el punto de vista biológico: la limitación socio-económica que la cultura le impone hace que la distancia que media entre posibilidad y logro sea cada vez mayor. En un mundo cuyo

dominio técnico, cuya competencia y rivalidad demandan cada vez una mayor cuantía de aprendizaje, el hiato entre la potencialidad y la adquisición se hace cada vez más insalvable.

Cuando la cultura y la biología entran en contradicción el terreno se hace propicio y fértil para el conflicto, la problemática y la patología. (Ramírez. Santiago, 1975)

En efecto, el equilibrio o la estabilidad en la adolescencia no es observable, el período es un continuo desarrollo. Tampoco podemos delimitar lo que es normal y lo que es patológico, más bien lo que se considera anormal sería la presencia de un equilibrio "estable" durante el proceso adolescente. (Anna Freud en Aberastury y Knobel, 1980)

2. Entendiendo la adolescencia.

2.1. Desarrollo psicosexual.

Para poder adentrarnos en la explicación de la adolescencia, nos es necesario conocer, primero, los conceptos que se manejarán a lo largo del presente escrito. Es por eso que a continuación haremos una exposición de algunos de los conceptos básicos.

Freud (1915), da a conocer su teoría acerca del aparato psíquico del individuo, todos los animales superiores somos portadores de un complejo aparato que nos mantiene en interacción con los demás individuos, así, tenemos que en el psiquismo o vida mental encontramos dos cosas, por un lado, lo somático(sistema nervioso), y por el otro nuestros actos de conciencia, una y otra no tienen una relación directa. Existen además dos hipótesis acerca de la vida psíquica, en la primera que concierne a su localización se supone que es un aparato especialmente extenso y compuesto de varias partes y que se les denominará instancias psíquicas. A la más antigua de esas instancias se le conoce como ELLO y tiene

como contenido todo lo filogenéticamente establecido, lo innato y sobre todas las pulsiones originadas en la organización somática, que alcanzan su primera expresión psíquica en el ello. Por otro lado se encuentra el YO que controla la motilidad voluntaria, percibe estímulos y establece dominio sobre las pulsiones somáticas. El YO es el mediador entre el ello y el mundo exterior. En el Yo también se encuentra la obtención de placer al aumento de tensiones excitativas así como obtención de placer cuando dichas tensiones disminuyen. Generalmente, el Yo trata de conseguir placer y evitar el displacer." Una acción del Yo es correcta si satisface simultáneamente las exigencias del Ello, del Superyo y de la realidad, es decir, si logra conciliar las exigencias de manera mutua".

El SUPERYO es la tercera instancia psíquica y se forma en el Yo como la instancia especial que tiende a perpetuar las relaciones parentales, esto es, cuando el ser humano vive en dependencia con sus padres, todo lo que estos le enseñen o castiguen va a tener su acomodo en el Superyo. Observamos pues, que el Ello y el Superyo tienen en común su representación del pasado: el Ello las heredadas y el Superyo las recibidas de los demás mientras que el Yo es determinado principalmente por las vivencias propias del individuo.

En seguida nos encontramos con las pulsiones, que son las fuerzas que se suponen por las tensiones causadas por las necesidades del Ello. Existen muchas pulsiones que pueden tocar su fin por desplazamiento pero existen dos fundamentales: el EROS que tiende a la unión de las instancias psíquicas y que se llama PULSION DE VIDA. Luego el TANATO que es la pulsión de destrucción y busca la disolución de las conexiones por las que pugna el Eros. Al

Tanato se le conoce también como pulsión de muerte. En todas las funciones biológicas se encuentran éstas dos pulsiones de manera antagónica, la supremacía de una sobre la otra dependerá de situaciones específicas.

Por otro lado la LIBIDO es la energía del Eros y se encuentra en el Yo-Ello y sirve para neutralizar las tendencias agresivas en ella. La principal característica de la Libido es su movilidad, la facilidad con que pasa de un objeto a otro. La Libido tiene fuentes somáticas que fluyen hacia el Yo desde distintos órganos y partes del cuerpo, entre las más destacadas están las que se denominan ZONAS EROGENAS. El cuerpo entero es una Zona Erógena aunque en determinada etapa del desarrollo unas partes sobresalen más que otras.

La segunda hipótesis mantiene que lo esencialmente psíquico es lo inconsciente, y lo consciente solo es temporal, veamos; existen diferencias entre los procesos mentales a lo que se denominan cualidades psíquicas y que son tres: lo INCONSCIENTE que es la base de la vida psíquica y que puede llegar a ser consciente con ayuda del Yo, lo inconsciente radica en el Ello. Lo PRECONSCIENTE radica en el Yo y tiene la capacidad de ser inconsciente o consciente. El CONSCIENTE no es más que un estado fugaz de pocos momentos de duración.

Por otra parte, en el mismo estudio de Freud, encontró lo que es uno de los pilares y la base innegable del psicoanálisis: LA SEXUALIDAD. Durante mucho tiempo los contemporáneos de Freud insistieron en que la vida sexual humana consistía en poner los órganos

reproductores en contacto con los del sexo opuesto, acompañados en ocasiones, con besos y contemplaciones. Además este impulso sexual aparecería con la pubertad y serviría única y exclusivamente para la procreación. Sin embargo ya en esa época se conocían tres aspectos que no embonaban con la concepción inicial;

1.- Existen seres para los cuales solo tienen atractivo las personas del propio sexo y sus órganos genitales.

2.- Hay personas con deseo sexual, pero al mismo tiempo descartan completamente los órganos o su utilización normal.

3.- Existen niños que muy precozmente muestran interés por sus propios genitales y signos de excitación..

A partir de las contemplaciones anteriores, el psicoanálisis tuvo que luchar enconadamente con sus detractores al institucionalizar las siguientes aseveraciones;

a).- La vida sexual no comienza solo con la pubertad, sino que se inicia con evidentes manifestaciones poco después del nacimiento.

b).- Es necesario establecer una distinción entre los conceptos de lo {sexual} y lo {genital}. El primero es un concepto más amplio y comprende muchas actividades que no guardan relación alguna con los órganos genitales. Ampliando más podríamos decir que lo sexual abarca lo genital y no al contrario. Toda actividad que busca obtener placer es llamado sexual, así vemos que para el niño, sexual puede ser mamar, chuparse el dedo,

defecar si con ello obtiene placer. Lo genital esta más bien dirigido a la obtención del placer por la unión de los genitales en vías de la procreación.

c).- La vida sexual abarca la función de obtener placer en zonas del cuerpo, una función que ulteriormente es puesta al servicio de la procreación, pero a menudo las dos funciones no llegan a coincidir íntegramente.

Es a partir de aquí de donde se desprende toda teoría psicosexual del individuo que lo llevará a través de diferentes etapas hasta la pubertad y la maduración sexual.

Cuando el niño nace trae consigo un instinto generado por una energía somática que tiene como único fin la satisfacción de una necesidad orgánica (alimentarse). Dicho instinto se va a convertir en pulsión cuando al haberse satisfecho el hambre se obtiene placer con el roce y contacto de la boca con los pezones que originalmente fueron el medio de consecución de placer para el instinto.

A ésta primera manifestación de placer de la sexualidad se le denomina ETAPA ORAL y se caracteriza por la succión y chupeteo consistente en un succionar rítmico, realizado con los labios y que carece de la absorción de alimentos así pues, los labios y los órganos adyacentes (dedos, mano) pueden ser tomados como objetos de succión.

Simultáneamente se hace de manifiesto el contacto de una parte propia del cuerpo o de otra persona. Cuando el placer se obtiene a través del propio cuerpo se le denomina

AUTOEROTISMO. Es importante hacer notar que en ésta etapa la madre constituye el primer objeto de amor del niño (Freud, 1915).

En ésta etapa, el niño ama todo lo que se mete a su boca, y como no ha adquirido la noción de sí mismo ni de los límites de su propio cuerpo, ama a la madre, al pezón, al chupón, sin que pueda diferenciar estos objetos de él mismo. Este primer período implica una absorción del objeto donde el tener se confunde para el bebe con el ser.

También la zona anal es, como la zona buco-labial, muy apropiada por su función para permitir el apoyo de la sexualidad en otras funciones fisiológicas. En la ETAPA ANAL el placer se obtiene, sobre todo, en el acto de defecar que constituye una reducción de las tensiones exitatorias que se producen a raíz del control de esfínteres deteniendo la defecación.

Aquellos niños que encuentran la estabilidad erógena de la zona anal, lo rebelan por el hecho de retardar el acto de la excreción hasta que la acumulación de las materias fecales produce violentas contracciones musculares y su paso por el esfínter una viva excitación de las mucosas. Es necesario señalar que a ésta fase se le ha antepuesto el rubro de "sádico"(Freud, 1915) en tanto que la retención de materias fecales produce una tensión que va a obtener su recompensa con el placer obtenido al defecar, además de que constituye un medio de control del niño hacia la madre en un intento de manifestación en el mundo adulto. Es decir, que si los comienzos de la vida están marcados por la modalidad oral, el control de

esfínteres sitúa el primer descubrimiento de una situación de ambivalencia. Los excrementos son vividos como objetos valiosos, partes del cuerpo propio. de los cuales al niño le costará desprenderse y la respuesta al pedido de control por parte de la madre será considerada por parte del niño como una forma de recompensa, regalo, signo de entendimiento, así como la negativa a éste control, será una forma de rehusarse a someterse a los deseos de ella.

El placer fijado en esta etapa al tracto intestinal y a los esfínteres anales estará relacionado con el poder afectivo sobre la madre a la que el niño puede recompensar o no.

La ETAPA FALICA, que va a aparecer entre los cinco y seis años de edad de vida del niño, no puede ser entendida sin el marco conceptual del complejo de Edipo.

El complejo de Edipo es ese deseo, de parte del niño, hacia la madre, el poseerla, el tenerla solo para él y el rechazo, hostilidad y deseo de muerte (inconsciente) por el padre que es visto como un rival en la relación que el niño puede mantener con la madre.

El Edipo es una estructura privilegiada en la que el ser humano se va a constituir como sujeto deseante; en segundo lugar como estructura psíquica, dado que el sujeto psíquico es a su vez una estructura con leyes de funcionamiento. Como veremos en capítulos más adelante, el complejo de Edipo viene a ser de importancia capital para la buena o mala consecución de la adolescencia.

A ésta etapa, signada por la unidad de una matriz indiferenciada compuesta por la madre y el hijo, se le llama etapa del Narcisismo Primario. Durante toda ésta primera etapa de la vida infantil, el pequeño se siente como único objeto de amor de la madre. No entran dentro de sus posibilidades consideraciones tales como que la madre pueda desear otra cosa que a él mismo.

El Yo se constituye entonces, como un Yo identificado al otro, a un semejante, que le devuelve una imagen cerrada, totalizada de sí mismo, imagen del narcisismo que engloba tanto al niño como a la imagen cerrada de la madre. El Yo se constituye por identificación. La identificación es el proceso psicológico mediante el cual el sujeto asimila un aspecto, una propiedad, un atributo de otro y se transforma, total o parcialmente, sobre el modelo de éste (Laplanche, 1986). La personalidad se constituye y diferencia mediante una serie de identificaciones. El modelo del narcisismo se caracteriza por la fijación de las identificaciones primarias que dan origen al Yo. Una consecuencia del narcisismo primario, es que el placer del niño está subordinado en esta etapa al deseo de la madre.

Volviendo a las etapas de la libido: oral, sádico-anal y fálica, observamos que es autoerótica, fundamentalmente; la sádico-anal caracterizada por el control del objeto y la fálica representa una antítesis correspondiente a un par de oposiciones que se denomina fálico-castrado.

Durante toda la primera infancia, pese al predominio de las zonas erógenas oral, anal, la masturbación infantil se constituye como una forma de placer localizado en los genitales.

En el varón ésta masturbación está dirigida evidentemente al pene, mientras que en la niña se dirige al clítoris como órgano externo que produce el mismo tipo de placer que puede producir el pene en el varón. Como se ve, la sexualidad masculina parte de un órgano que se conserva como órgano de placer sexual durante toda la vida, mientras que la niña tiene adelante que realizar un pasaje: del placer producido por el clítoris a la vagina. Si la madre ha sido el objeto de amor primario de ambos sexos, el varón podrá conservar a la mujer como objeto genital, mientras que la niña deberá realizar otro pasaje. Deberá pasar de la madre como objeto amoroso al padre y luego al resto de los hombres como tales objetos de amor.

Este es el momento en que los niños descubren la diferencia sexual anatómica. El niño no admite sino un solo órgano genital, el masculino, para ambos sexos. No existe una primacía genital, sino una primacía fálica. Mientras que la genitalidad implica el reconocimiento de que hay dos sexos, en ésta etapa del desarrollo infantil, para los niños solo hay un órgano; el pene, que es aquel que es visible.

Es coherente que el no conocimiento de la diferencia sexual en el sentido del pene/vagina, unido a la angustia por las posibilidades de su propia castración por la masturbación, produzca en el niño ésta serie: fálico/castrado, como organización sexual predominante.

La aceptación de la posibilidad de castración y el descubrimiento de que la mujer no tiene pene, pone fin a las dos posibilidades de satisfacción del complejo de Edípo.

Es notorio, asimismo, cuanto menosprecio por la mujer, horror a ella, disposición a la homosexualidad, derivan del conocimiento final acerca de la falta de pene. El niño cree que solo mujeres despreciables del sexo femenino, probablemente culpables de las mismas mociones prohibidas en que él mismo incurrió (masturbación), habrían perdido el genital.

Para el niño, ser mujer no coincide todavía con falta de pene. Solo más tarde, cuando aborda los problemas de la génesis y nacimiento de los niños, y reconocer que solo la mujer puede parir hijos, también la madre perderá el pene y, entre tanto, se elaborarán muy complicadas teorías destinadas a explicar el trueque del pene a cambio de un hijo.

En la fase Fálica de la niña, se puede dividir la vida de la mujer en dos fases: una primera signada por la vigencia del objeto materno (como al niño varón) y con un predominio del placer localizado en el clítoris y una segunda caracterizada por la atracción heterosexual, que se terminará de definir con la adquisición del placer vaginal.

Cuando la niña pequeña descubre que carece de un órgano sexual externo similar al del varón no acepta éste reconocimiento sin vacilaciones ni resistencias, invariablemente la niña comienza por considerar la falta de pene como un problema personal. Conserva la creencia

de que las demás mujeres lo tienen (incluida la madre), y posee múltiples fantasías acerca de las razones que han producido éste hecho. Solo paulatinamente comprende que también afecta a otros niños, y posteriormente a los adultos.

La falta de ese pene se liga a la masturbación, a través de fantasías de lo más variadas. Piensan que su madre no se los ha dado por ser menos queridas que sus hermanitos, pero explorando esto aparecen intensos sentimientos de culpa por la masturbación.

Finalmente, cuando el niño y la niña se dan cuenta, por un lado el niño de que la madre y las niñas no tienen pene y, por otro lado la niña, de que ella no lo posee, se ocupan de otras cosas, específicamente la investigación de la génesis y nacimiento de los niños. Es aquí donde se entra a lo que se denomina periodo de LATENCIA y que se caracteriza por un aletargamiento del deseo sexual y por un cúmulo de energía que será necesaria para cuando se entre al periodo de la pubertad y de inicio el proceso de maduración de los genitales.

2.2. PUBERTAD.

En el ser humano la maduración hormonal y del sistema nervioso central requiere un periodo de varios años y solo llega a su culminación en la pubertad. En éste estudio distinguimos por pubertad, a lo que consideramos primordialmente un proceso de crecimiento y de maduración hormonal.

La pubertad se caracteriza por el crecimiento de la actividad hormonal que está bajo la influencia del sistema nervioso central, especialmente del hipotálamo y de la pituitaria, que están ubicadas en la base del cerebro. Las principales consecuencias son la intensificación de la producción de las hormonas elaboradas por las glándulas suprarrenales y las gónadas, y la producción de óvulos y espermatozoides maduros.

El momento en que se inicia el desarrollo puberal, y posiblemente su naturaleza, pueden sufrir la influencia de factores genéticos familiares, y tal vez sean afectados además por la cultura, la economía y el ambiente físico. (Grupo para el progreso de la psiquiatría: comité de adolescencia de los Estados Unidos, 1968).

La edad a la que se supone que comienza la pubertad depende de los criterios que se aplican. En las jóvenes, el crecimiento de los pechos y la aparición del vello púbico se dan en

promedio, entre los 10 y 11 años, mientras que la menstruación se inicia entre los 11 y los 13 años. En los varones, aparece el vello púbico y comienzan a dilatarse los testículos entre los 12 y los 16 años, mientras que el aumento del tamaño del pene y la eyaculación se produce entre los 13 y los 17 años.

La creciente producción de las hormonas de las glándulas suprarrenales y sexuales ocasiona una amplia variedad de cambios fisiológicos y anatómicos. Estos son la aparición de las características sexuales secundarias ; cambios en el tamaño, el peso, las proporciones corporales, y el desarrollo muscular; cambios concomitantes a la fuerza, la coordinación y las habilidades.

Hay muchos datos interesantes acerca del crecimiento puberal. Cuando mas tempranamente comienza, en ambos casos, más rápidamente tienen lugar los cambios asociados a él. Puede aceptarse que en la pubertad ocurran cambios físicos en tres niveles fundamentales (Aberastury y Knobel, 1980) que son : un primer nivel donde la activación de las hormonas gonadotróficas de la hipófisis anterior produce el estímulo fisiológico necesario para la modificación sexual que ocurre en este período de la vida. En el segundo nivel se tienen las consecuencias inmediatas de la secreción de la gonadofrina hipofisiaria y de la persecución de la secreción de la hormona del crecimiento de la misma hipófisis: la producción de óvulos y espermatozoides maduros y también el aumento de la secreción de las hormonas adreno-corticales como resultado de la estimulación de la hormona adrenocorticotrófica. En el tercer nivel se encuentra el desarrollo de las características

sexuales primarias (con el agrandamiento del pene, los testículos, o el útero y la vagina) y el desarrollo de las características sexuales secundarias (con la maduración de los pechos, la modificación de la cintura escapularia y pelviana, el crecimiento de vello pubiano, los cambios de voz), a los que debemos agregar las modificaciones fisiológicas del crecimiento en general y de los cambios de tamaño, peso y proporción del cuerpo que se dan en éste periodo vital.

Fisiológicamente, las niñas tienen más edad que los varones desde el nacimiento hasta la madurez, y su temprana pubertad es solo la culminación de su desarrollo en general más precoz (Masters y Jhonson, 1987). Las diferencias en los ritmos de maduración de las niñas y los varones ya se observan en el estadio fetal, y se piensa que comienza con la diferenciación primaria de las gónadas, aproximadamente en la séptima semana después de la concepción.

Las diferencias de la naturaleza de los cambios del crecimiento en los varones y las niñas derivan de tres factores. 1) En la pubertad, las diferencias hormonales sexuales producen un crecimiento diferente en las diversas partes del cuerpo. Por ejemplo, a los varones se les ensancha más la espalda y a las mujeres la cadera. 2) Durante los años inmediatamente anteriores a la pubertad, las extremidades inferiores crecen más rápidamente que las vértebras. El crecimiento más prolongado del varón permite el desarrollo de la piernas más largas en relación con la longitud del cuerpo. 3) En algunas partes del cuerpo el ritmo de crecimiento es continuamente más rápido en un sexo que en el otro, a partir del nacimiento y

aún antes. Por ejemplo, en los hombres el antebrazo es más largo, en relación con el brazo, que en las mujeres. Por supuesto, esta diferencia se debe a la pubertad.

La maduración del varón, en relación con la de la mujer, es aparentemente retardada por la presencia de un cromosoma Y, como lo sugiere el hecho de que el ritmo de maduración del esqueleto en el síndrome de Klinefelter (un mal funcionamiento testicular), en el que está presente ese cromosoma, es claramente más lento que en el síndrome de Turner (asociado a la génesis ovárica y otros defectos congénitos), en el que cromosoma Y está ausente. (en Masters y Jhonson, 1987)

No obstante, es típica de los varones su preocupación por el tamaño de los órganos, en parte, tal vez, debido a su ignorancia del anterior hecho, y hacen ansiosas comparaciones entre sus propios órganos y los de otros varones.

En general, las jóvenes se preocupan menos abiertamente por sus características sexuales primarias que los varones, lo que se debe principalmente a que sus órganos sexuales están en su mayor parte dentro del cuerpo y no se los ve fácilmente. Sin embargo, suelen manifestar una preocupación similar en intensidad a propósito de la menstruación y del tamaño de los pechos. El comienzo de la menstruación significa para la joven, para sus padres y sus pares que ya es sexualmente madura. (idem.)

Las características sexuales secundarias son los rasgos físicos distintivos de la masculinidad y la femineidad. En muchos aspectos son más importantes para los adolescentes que las características sexuales primarias, pues constituyen el principal foco de atención sexual entre el hombre y la mujer. El varón adolescente se preocupa mucho por su altura, su musculatura, el ancho de su espalda y la delgadez de su cadera. Y la joven observa cuidadosamente el ensanchamiento de la cadera, y teme llegar a ser demasiado alta.

El púber establece comparaciones entre sí mismo y sus pares, y según sienta que su cuerpo despierta admiración o lo pone en ridículo se exaltará o menguará su autoestima. La nueva conciencia que tiene de su cuerpo estimula pensamientos y sentimientos esencialmente nuevos, que imponen notables cambios en la integración del adolescente.

Casi ya para finalizar éste capítulo, un punto que es muy característico en la pubertad y que aún no hemos contemplado a lo largo del escrito que nos ocupa, es el referente a la protesta que el púber hace al encontrarse con su forma de pensar infantil (pensamiento lógico concreto) que no satisface a los adultos, ni les basta a ellos mismos para sublimar el incremento instintivo que los empuja a actuar. El problema lo resuelven incrementando una suerte de pensamiento mágico, que consiste en darles a las mismas palabras doble connotación: una abstracta y una concreta (lo que en México reconocemos como el albur y que en esta edad tiene su inclusión en el repertorio del individuo). Consiguen la satisfacción

autoerótica con solo hablar o pensar sin importarles mucho que los grandes no los entiendan (como forma de protesta).(Fernández Moujan, 1986)

Consecuentemente, ésta etapa donde aparecen los cambios físicos del individuo va acompañada de una diversidad de comportamientos. La manera como los chicos se comportan a esta edad llama poderosamente la atención e invita a investigarla y tratar de darle una explicación. Si el chico a ésta edad ha madurado sexualmente y su físico ha cambiado y algo en su psique también se ha modificado y lo hace comportarse de manera diferente a cuando era niño, cabe hacerse las siguientes preguntas: porqué el joven se vuelve rebelde?, porqué prefiere a sus amigos y se aleja de la familia?, porqué empieza a aparecer atracción por el sexo opuesto o el propio?, porqué al joven se le acusa de soez?, porqué tiende hacia ideologías liberales o religiosas?, porqué cuestiona el modo de vida de la sociedad?, porqué empieza a escuchar música estridente?, porqué en ocasiones tiende a delinquir y buscar las drogas o el alcohol?, porqué busca el adolescente estar solo?.

3. Aspectos psicológicos de la adolescencia.

3.1. El duelo adolescente.

El adolescente es un campo vasto no por el tiempo que dura, sino por el espacio que abarca y es en éste periodo que se manifiesta mas ilustrativamente el fenómeno del duelo. Vivir implica pasar una sucesión de microduelos como los del crecimiento. La adolescencia, la menopausia y el nacimiento son los tres momentos de la vida humana en que el monto de ansiedad promovida por el cambio es mayor. En los tres, los duelos se hacen por pérdidas, en tres áreas especializadas (mente, cuerpo y ambiente) y en los tres tiempos: pasado, presente y futuro. Los adolescentes luchan, sufren, se esfuerzan, no solo a causa de los objetos externos que tienen que ser abandonados y adquiridos, sino también debido a las identificaciones infantiles que tienen que dejar y a la adquisición de las nuevas, que conforman la identidad adulta. Otro tanto sucederá en la cultura donde se vaya dando este proceso: el conflicto no solo se crea entre cada adolescente y su ambiente, sino también entre cada generación y su cultura. (Fernández Moujan, 1986)

En torno al duelo giran las dos tareas fundamentales del adolescente: la lucha por la reconstrucción de su realidad psíquica(mundo interno) y lucha por la reconstrucción de sus vínculos con el mundo externo, ambas subordinadas a una tercera, básica, que es la lucha por la identidad. Así, tenemos que para desencadenar el duelo adolescente deben estar presentes tres fuentes de ansiedad) un cuerpo nuevo, cambiante, percibido como objeto externo por el Yo. Un esquema corporal nuevo que no "coincida" con el conocido, al que va reemplazando exigido por la realidad; 2) nuevos roles sociales por medio de los cuales

conoce y se hace conocer, que no "coinciden" con los viejos roles familiares, mas estereotipados y 3) un Yo que debe enfrentar las coincidencias entre la identidad infantil y las nuevas identificaciones.

Los cambios en la adolescencia no se dan de golpe, tienen un cierto ritmo, existe una suerte de sucesión que marca donde se centra el duelo en cada periodo adolescente. En la pubertad, por ejemplo, el duelo se centra en el cuerpo como objeto, así como en la mediana adolescencia (15 a 17 años) en la identidad sexual (resolución del conflicto edípico genital) y la nueva forma de pensar, y en la adolescencia tardía en los roles sociales.

En lo que respecta al púber, lo que en realidad siente como muy peligroso es el cuerpo adulto que empieza a surgir, por ello observamos que normalmente existe un incremento del control del cuerpo a través del baile y el deporte y por otro lado la realización de identificaciones pasajeras con determinados objetos extrafamiliares, que lo diferencian del grupo primario aliviándolo del temor a la dependencia infantil (que por otro lado también se desea). Estas identificaciones le sirven a sí mismo para defenderse de ciertos modelos de identificación sexual que le propone (casi le impone) la cultura. Pero lo que finalmente consigue el púber con éstas identificaciones, es un compás de espera dentro del proceso de duelo en relación con la identidad sexual infantil, que admite inconscientemente la bisexualidad fantaseada.

Un poco mas adelante, a los 15 años (edad clave en la crisis adolescente) el duelo no solo se centra en el esquema corporal, sino mas bien en torno a la identidad sexual y de la distancia

y control sobre los objetos en niveles mas abstractos, posibilitados por el desarrollo del pensamiento lógico-formal. El adolescente ya puede pensar a partir de ideas y no solamente sobre objetos concretos (idem.). Esto indica una mayor capacidad del Yo para separarse de la realidad externa, pues reflexiona, o sea, piensa sobre ideas que ya pertenecen al Yo y no sobre las cosas concretas que son pensadas en el Yo, a través de la formación de símbolos. Este nuevo modo de introyectar la realidad va a llevar al adolescente a resolver el conflicto del duelo.

El proceso de duelo del adolescente es una lucha por la identidad contra el medio y contra las propias tendencias a permanecer en lo establecido. En éste proceso el adolescente adquiere nuevas identificaciones, recupera aspectos perdidos y, sobre todo, desplaza hacia nuevos objetos sus intereses. El modelo psicológico que utiliza para éste trabajo es el del Edipo. Fue dentro de este esquema racional donde empieza a desplazar intereses hacia un tercero el padre, lo que le permitió modificar su anterior dependencia con la madre y consigo mismo. De la calidad de la elaboración temprana dependerá el éxito de la reelaboración de la adolescencia.

En resumen, el concepto de duelo es tomado simplemente como un difícil proceso que realiza el Yo de una manera consciente e inconsciente ante la pérdida de un objeto.

Esta pérdida es importante no solo respecto del objeto en sí sino por las fantasías, inconscientes o no, ligadas al mismo (en ocasiones es mayor la fantasía de pérdida que la pérdida) y las partes del Yo incluidas en el objeto perdido.

Se le considera una lucha que hace surgir en el Yo dos tendencias: una que rechaza la pérdida y crea una serie de mecanismos inconscientes destinados a tal fin, y otra que busca liberarse de la tendencia negadora de la realidad (psíquica fundamentalmente) a la cual supone dolorosa y pretende afirmarse en la tendencia reparadora del vacío surgido.

El duelo alcanzará su culminación después de los 17 años cuando la desesperación se va convirtiendo en soledad. La separación es definitiva y el compromiso con el otro sexo, con la propia identidad y con la sociedad se realiza de manera más personal. Las ayudas para elaborar el duelo (grupos, etc.) no se tiene más, por lo menos en conflicto: no queda más apoyo que la propia identidad, la pareja y la comunidad, mediante sus roles y vínculos afectivos. Por fin el adolescente entra a los 17 años en el proceso de reparación adquiriendo sus conductas sentido de responsabilidad. Al espíritu de lucha se une el espíritu de solidaridad.

3.2. Búsqueda de la identidad

Junto con el fenómeno del duelo camina otro que es clave en el periodo adolescente y que da vida a la problemática y formación del joven en éste periodo. La adolescencia se caracteriza, entre otras cosas, por esa búsqueda constante de parte del individuo. Ensayar una y otra vez comportamientos, ideologías y posturas que la mayoría de las veces no duran más de un día. Particularmente, llevo a ver al adolescente y lo concibo como un "guardarropa". Sí, el adolescente es un "closet" de comportamientos. Un día sale vestido de revolucionario a la calle y trata de modificar al mundo y aliviar el hambre y la pobreza y, esa misma noche se quita ese traje y se acomoda uno de místico y reza por sus padres y amigos. Al amanecer se pone el traje de deportes y recorre varios kilómetros trotando, llega a casa y se pone el traje de holgazán, no quiere bañarse ni cooperar en las tareas de la casa no quiere estudiar y !!! PUFF !!! se pone el traje de solitario, incomprendido, víctima de la tiranía de los adultos y se encierra en su recámara. Ve la foto de su "pandilla". Piensa en el traje que le corresponde usar, por fin lo decide y sale a la calle vestido de solidaridad y causa común.

Estos cambios constantes, y en ocasiones tan radicales, son necesarios en la adolescencia. Muchos son los padres que, al notar estos cambios de carácter en sus hijos, piensan que sus chicos son anormales y los recluyen o reprimen. Sin embargo, dice Anna Freud (1958), es difícil señalar el límite entre lo normal y patológico en la adolescencia, y considera que, en realidad, toda la conmoción de éste periodo de la vida debe ser estimada como normal,

señalando además que sería anormal la presencia de un equilibrio estable durante el proceso adolescente.

Todos los cambios que se evidencian en la adolescencia nos llevan a inducir que el adolescente se encuentra ante una crisis: una crisis de identidad. El púber, y más aun el adolescente, se encuentran en un periodo transitorio de confusión que rompe con la identidad infantil y enfrenta al Yo con nuevos objetos, impulsos y ansiedades. Se puede esquematizar así:

- 1.- El adolescente percibe su cuerpo como extraño, cambiado y con nuevos impulsos y sensaciones.
- 2.- Se percibe a sí mismo como diferente a lo que fue, nota cambiadas sus ideas, metas y pensamientos.
- 3.- Percibe que los demás no lo perciben como antes, y necesita hacer un esfuerzo mas activo y diferente para obtener respuestas que lo orienten.(Fernández Moujan, 1972)

Solo cuando el adolescente es capaz de aceptar simultáneamente sus aspectos de niño y de adulto, puede empezar a aceptar en forma fluctuante los cambios de su cuerpo y comienza a surgir su nueva identidad. Ese largo proceso de búsqueda de identidad ocupa gran parte de su energía y es la consecuencia de la pérdida de identidad infantil que se produce cuando comienzan los cambios corporales.

En sociedades mas simples que la nuestra, que presentan solo dos modelos de papeles definidos según el sexo, no hay mayor dificultad. Aun así, la búsqueda de identidad se

convierte en un problema en las culturas más complejas, caracterizadas por un cambio social rápido, de modo tal que el padre puede perder actualidad en cuanto modelo para su hijo; por la movilidad geográfica, como consecuencia de la cual los modelos culturales están cambiando constantemente; por el énfasis de la individualidad con una mayor libertad de elección; por un alto grado de complejidad, que implica muchos modelos entre los cuales elegir; por la "ausencia de clases", de modo tal que todos se esfuerzan por subir en la escala social. Estas condiciones plantean problemas para el adolescente en la búsqueda de identidad, pero también ofrecen una gran variedad de posibilidades de elección.

Otra complicación en la tarea de establecer la identidad reside en la creciente difusión de los roles del padre y de la madre y en el oscurecimiento de las distinciones tradicionales entre los sexos.

La vulnerabilidad de los adolescentes (que a veces son comunicativos y otras apartados, tanto se toman dinámicos como abúlicos, por momentos se vuelven sobrevalorados y en otras se sienten vacíos e impotentes) dependerá de las fluctuaciones que haga el Yo en sus identificaciones "inauténticas". Estas fluctuaciones se dan tanto en el cuerpo como en objetos internos y externos. A nivel del cuerpo encontramos con frecuencia somatizaciones, sentimientos de extrañeza, plenitud, abulia, somnolencia, fatigas, entre otras cosas, inmotivadas, etcétera: expresan la utilización del cuerpo en el manejo de los objetos.

La identidad es la relación entre tres elementos básicos personalidad: su continuidad filio y ontogenética, la cohesión interna, pareja con la adecuación al medio ambiente y el logro de

sus metas. Esta relación crea el sentimiento de sí mismo en el tiempo y el espacio; a esto llamamos identidad. (Fernández Moujan, 1972)

Es importante definir la identidad porque definimos de enfermedad como la pérdida de la verdadera identidad o, mejor dicho, la pérdida de la lucha por la identidad, presente en todas las edades y épocas, pero de diferente manera. Pero en la adolescencia se da de una manera crítica, pues entonces es cuando el Yo recién puede llegar a asumirla plenamente.

La identidad es la autoexperiencia que vive el Yo al irse dando las posibilidades más valoradas y corporales con aquellas más sociables. Esto le permite autodefinirse desde el pasado (continuidad), su cuerpo presente (unidad) y sus relaciones objetales ambientales. Una posibilidad de éste encuentro se da al descubrir que la acción transforma tanto lo subjetivo como lo objetivo, de manera que ninguno queda en contradicción antagónica respecto al desarrollo del otro; se trata de un solo desarrollo lleno de contradicciones entre el hombre y la sociedad.

Parece que uno de los conceptos en los que la mayoría de las corrientes psicológicas están de acuerdo y que toman como una de las etapas decisivas en la adolescencia es el concepto de la identidad.

Sherif y Sherif (1956), llaman al Yo también, como el logro de un autoconcepto, señalando que éste autoconcepto se va desarrollando a medida que el sujeto va cambiando y se va integrando con las concepciones que acerca de él mismo tienen muchas personas, grupos o

instituciones, y va asimilando todos los valores que constituyen el ambiente social. Concomitantemente, se va formando éste sentimiento de identidad, como una verdadera experiencia de autoconocimiento.

El concepto de la identidad encierra una idea integradora, totalizadora de la persona, que es percibida, negada o deformada por el Yo. Integradora, porque supone al hombre en permanente relación consigo mismo y con las personas y cosas que lo rodean. A esta relación se agrega la necesidad intrínseca que el hombre tiene de desarrollarse más plenamente a través de sí y de los demás.

Podemos referirnos a la identidad como el logro de una integración entre el ideal de vida para el Yo y el de la sociedad en la que el hombre vive.

Vamos a agrupar los elementos que componen la identidad en torno a tres sentimientos básicos: unidad, mismidad y continuidad. Estos sentimientos corresponden a tres aspectos inseparables que conforman la identidad. Cada uno de estos aspectos se manifiestan en todas las áreas de experiencia: mente, cuerpo y mundo externo. (Fernández Moujan, 1972)

La unidad de la identidad esta basada en la necesidad del Yo de integrarse y de diferenciarse en el espacio, como una unidad que interactua. Correspondería al cuerpo, al esquema corporal y a la recepción y transmisión de estímulos con cierta organización.

Ante la crisis de identidad se rompe ésta unidad por el cambio físico, el cambio en las sensaciones e impulsos que se expresan con cierto desorden y el cambio de la imagen interna del propio cuerpo.

Teniendo en cuenta que en un comienzo el Yo es básicamente corporal, podríamos decir que la identidad se constituye sobre éste aspecto y el Yo necesita de éste sentimiento

En lo que concierne a la continuidad de la identidad, podríamos decir que surge de la necesidad del Yo de integrarse en el tiempo: "ser uno mismo a través del tiempo". Con la adolescencia se produce una ruptura de la continuidad, no solo un desarrollo mas acelerado.

Por ultimo, tenemos la mismidad de la identidad, a mi juicio el aspecto mas descuidado de los tres. Si bien es un sentimiento que parte de la necesidad de reconocerse a uno mismo en el tiempo (área mente) y en el espacio (área cuerpo) se extiende a otra necesidad: la de ser reconocido por los demás.

Otra particularidad es que el sentimiento de identidad adquiere importancia (necesidad) recién en la preadolescencia, cuando se da el fenómeno de identificación proyectiva, no para negarse sino para "verse", reconocerse en el amigo. Surge a ésta edad, por primera vez en la vida, la necesidad de las amistades únicas, que se dan con otra persona del mismo sexo en la que se busca satisfacer una mismidad de identidad (poder verse a través del amigo o la amiga).



El Yo psicológico, el Yo social y el yo corporal configuran, a su vez, la identidad del Yo adolescente, que necesita, por la fase de la vida que atraviesa, formarse sin más retardos y para expandirse como persona capaz de intimidades ya no grupales sino personales, en la pareja, en la tarea social y en su soledad.



La búsqueda de la identidad, en sus tres aspectos, estimula determinadas conductas que tienen sentido de lucha. La lucha por la unidad perdida se puede detectar, por ejemplo, en algunas conductas regresivas: regímenes de comida, voracidad, inapetencia, etc. (orales), suciedad, constipación, colecciones, etcétera (anales) y masturbación (fálicas). Los deportes dan una destreza que fortalece la necesidad de unidad: la manía del espejo, que a veces irrita a los padres, esta también en esa línea. (idem.)

Un ejemplo de conductas que afianzan la ya adquirida unidad de identidad sería el uso de vestidos extravagantes y ambiguos "unisex", así como las parejas narcisistas. Ambos tienen una doble utilidad: pueden actuar de manera discriminada con respecto al otro sexo, y simultáneamente logran en el vestido y la pareja controlar aspectos del otro sexo.

La continuidad se logra por medio del pensamiento reflexivo que permite un cierto dominio y conocimiento de las ideologías imperantes en la cultura. Teoriza y especula de tal manera que la nueva realidad de las ideas se maneja como antes se hizo con los juguetes. Pero, sobre todo, el mundo de las ideas no sumerge al adolescente solo en el futuro, sino también en el pasado. El sentimiento de continuidad queda preservado.



Por ultimo, la mismidad tiende a buscar reconocerse al ser reconocido primero entre pares (deporte, pareja, amigo intimo del otro sexo, actividades grupales) y luego entre los adultos, mediante las formas de vestir, pensar y vivir propias de la generación o grupos de pertenencia. La mismidad, entonces, además de darse individualmente se debe dar también grupalmente: en el grupo se adquiere identidad reconociéndose y siendo reconocido.

El surgimiento de la nueva identidad termina con las disociaciones instrumentales e integra al Yo del ex-adolescente en una unidad espacial consigo mismo en el tiempo, y con la sociedad en que actúa.

4.4. De la concreción del Edípo a la resolución del Yo e identidad en la adolescencia.

Como lo habíamos anotado en el capítulo 2, el complejo de Edípo tiene su concreción en la adolescencia, en su etapa casi final. Es por ello que en este apartado haremos una revisión un poco más extensa de este concepto encaminándolo a su relación y concreción del periodo adolescente.

Freud (1913) nos dice que el complejo de Edípo nace a partir del enamoramiento con la madre y la consiguiente rivalidad con el padre. El complejo de Edípo se establece ante la percepción del cuerpo de la madre como objeto total, momento en el que el sadismo está en su máxima expresión. El bebé, frustrado por el destete y perseguido por la madre primitiva (madre como objeto total), busca el "pene" paterno como objeto protector y gratificador que discrimine entre sus frustraciones y la realidad. Pero este pasaje no es definitivo pues ante nuevas frustraciones tiene que volver al "pecho" materno. Estas fluctuaciones de un progenitor a otro van permitiendo acentuar las bases de la elección hetero y homosexual de los objetos libidinales, en la cual intervendrá además de la experiencia la disposición sexual innata. (Klein, Melani, 1964)

Para el varón el pasaje del "pene" a nivel oral significa incorporarlo e identificarse con él al mismo tiempo. Por lo tanto su base femenina (deseo del "pene") coincide con el primer periodo homosexual.

En la niña, la fase femenina coincide con su identificación sexual. En sus fantasías desea recibir como la madre el "pene" del padre y tener hijos con él: se crea la rivalidad edípica. Luego vendrá la frustración ante el "pene" y la amenaza de la castración materna, lo que la llevara a abandonar ésta fase deseando tener un "pene" y dárselo a su madre, tal como el padre lo hace (fase homosexual femenina). Este deseo es secundario al deseo de recibir el pene.

La entrada en la fase fálica da por terminada la fase pregenital que es reconocida como Edipo temprano. Ambos padres son bien discriminados y en el mejor de los casos la rivalidad es con el padre del mismo sexo dado que el deseo genital ha aparecido con toda intensidad. Ante ésta situación, el complejo edípico tiene los caracteres clásicos: la angustia de castración se vive ante el padre del mismo sexo que amenaza y obliga a renunciar al objeto prohibido, el cual vuelve como objeto de identificación.

Renunciando al padre del otro sexo cada chico conserva lo que temía perder: el pene si es varón y el cariño de la madre como objeto de amor, si es mujer, lo que implica renunciar a su disposición masculina-fálica. (op. cit.)

Con el desarrollo genital puberal el varón revive en toda intensidad esta situación que lo lleva a renunciar a sus impulsos genitales. Se incrementa su disposición femenina agravada por la fuerte identificación con el objeto femenino perdido a causa de la ruptura de la disposición bisexual frente al desarrollo físico genital.

Como consecuencia la angustia es mucho mayor durante ésta etapa en los varones: se le regula haciendo una regresión anal y/o una fuerte represión. (La pubertad es una etapa difícil especialmente para los varones; son los que se enferman con mas frecuencia).

En la mujer el complejo de castración es menos problemático en ésta edad, ya que a lo que tiene que renunciar es a su disposición femenina por ser el padre el objeto de sus deseos. En la pubertad, ambos, varones y mujeres, atraviesan un periodo homosexual que en el varón es más problemático, porque en el la angustia de castración fálica es más intensa justo durante el desarrollo físico genital. (Fernández Moujan, 1972)

De los 12 a los 15 años, una vez reprimidos totalmente los impulsos genitales, impera un clima de confusión y sadismo similar al que existía tras el destete. Los mecanismos de proyección e introyección se intensifican promoviendo una precaria discriminación objetal y de identidades.

La figura de la madre fálica vuelve a tener importancia y la elaboración de la situación se vuelve a dar mediante el pasaje identificatorio de un padre a otro. Se da el Edipo en las cuatro posiciones: odio y amor al padre; odio y amor a la madre.

La llegada a los 15 años es clave; se supone que otra vez lo genital vuelve a privar, los objetos externos están bien discriminados al igual que las figuras de identificación: el padre para el varón y la madre para la mujer.

genital como en las mujeres. El pene ya pasó su periodo de prueba mas difícil durante la pubertad.

Estamos ante un proceso de duelo importante: el de la fantasía bisexual que comienza a los 12 años y termina a los 18. Este duelo tiene dos periodos; el puberal, más centrado en el cuerpo (pregenital) y el de los 15 años, más centrado en las relaciones objetales externas (genital).

En la pubertad los impulsos eróticos edípicos se incrementan; lo mismo que los subyacentes impulsos perversos y sádicos. Las excitaciones de todas las zonas erógenas están activas, no solo en sus impulsos libidinales sino también en lo destructivo, el cual lleva tanto a una fluctuación entre deseos eróticos orales, anales y genitales como a deseos libidinales y agresivos.

Así podemos observar la importancia de un Yo con buena identificación y de un Superyo no muy severo para la buena estructuración del Edipo primitivo. Una mala relación con el pecho perturba la relación con el pene, que tomará el carácter del padre severo. El Yo debilitado se refuerza con un Superyo que actúa con severidad ante los impulsos, inhibiendo o modificando los deseos edípicos, trayendo problemas en la identificación sexual y en el manejo de la agresión.

Estos últimos son elementos esenciales para superar la etapa edípica genital que comienza a los 15 años y que teóricamente se extiende hasta los 18. (Fernández Moujan, 1972)

La concreción del Edipo trae consigo, y aterriza en una serie de relaciones objetales que darán forma y consolidarán el Yo de una manera más firme y trascendente. Durante la adolescencia se realiza un pasaje de las relaciones objetales familiares e infantiles a las nuevas relaciones juveniles, que ponen al Yo ante un doble desequilibrio, uno interno y otro externo. En realidad lo que existe es un "abandono objetal" y un "descubrimiento objetal", cambio que significa un proceso de desplazamiento de las cargas de libido objetal tanto de los objetos internos como los del mundo externo, rompiéndose así un equilibrio que el adolescente tratará de restablecer.

El origen de éste cambio objetal está dado por la reaparición de impulsos sexuales y con características polimorfas, sádicas y amorosas, acompañados por supuesto, de fantasías que orientan las necesidades de objetos hacia nuevas relaciones. Estas nuevas necesidades no son solo biológicas, sino también objetales y concomitantemente con modalidades específicas para alcanzar estos nuevos objetivos.

Cuando hablamos de relaciones objetales nos referimos entonces a: 1) un impulso o necesidad biológica; 2) un objeto que satisfaría dicha necesidad específica y 3) las modalidades y fenómenos emocionales que acompañan a esa necesidad para facilitarla. (Peter Blos, 1962)

Las relaciones de objeto existen desde el comienzo de la vida y se van complejizando en parte a través de la frustración, que fuerza al Yo a aceptar la existencia de un no-Yo cada vez más extenso.

El primer conflicto es con el pecho y la primera solución es el autoerotismo que consiste en fantasías relativas a un pecho interno bueno que es proyectado en una parte del cuerpo del bebé (el pulgar). Así reemplaza el objeto original sin ser tan inundado por la rabia y la ansiedad.

Son muy conocidos los problemas de mala conducta en la pubertad en que se busca fundamentalmente un objeto bueno externo que cuide y perdone en forma permanente, en general la misma persona en quien, por identificación proyectiva, se depositó lo bondadoso para sentirse narcisista y permanentemente cuidado.

Este tipo de vínculos patológicos se suele encontrar en adolescentes delincuentes que tienen frecuentemente la imagen de una madre idealizada, sacrificada y que los perdona, y la de un padre abandonante y perseguidor. (op. cit.)

Las relaciones de objeto tienen aspectos negativos y positivos. Los últimos aparecen con claridad cuando las identificaciones no son masivas, lo que va permitiendo al adolescente adquirir la mayor capacidad de estar solo. Esta capacidad está dada no solamente por la experiencia de objetos buenos internos que dan autoconfianza; sino que también aumenta la confianza en el mundo externo que en forma paulatina se va desidealizando o valorizando.

Es importante hacer notar aquí que el carácter de las relaciones objetales es autoerótico, pues el placer está en la descarga y no en la relación. Freud (1923) hace referencia a que el fin de Eros consiste en establecer relaciones y "ligar" relaciones, así como que la unidad del Yo o su tendencia a unirse, parte de la intención de ligar que tiene el Eros.

Son juntamente estos dos tipos de ligazón, en el Yo y con los objetos, los que tienen tanta importancia en la base de las relaciones objetales del adolescente. En primer término el ligarse con partes del propio cuerpo como objeto de amor, y por último la relación objetal donde se liga amorosamente a un objeto externo reconocido como tal pero amado por identificación proyectiva.

En el adolescente, ciertos objetos inanimados y también personas, por estar "especialmente cargadas" de identificaciones proyectivas, tienen caracteres semejantes. Lo vive como algo diferente a sí mismo, pero también diferente a los demás; sabe que no le pertenece pero lo siente exclusivo y capaz de comprenderlo tanto en el odio como en el amor. Por último, su realidad está tan cargada de identificaciones proyectivas que durante periodos no siente que pertenezcan al mundo externo y le niegan autonomía.

Existe otra modalidad de relaciones objetales que aparece con la adolescencia: las relaciones ambivalentes. El adolescente puede sentir odio y amor, en lapsos relativamente cortos por un mismo objeto; es una disociación en el tiempo, que hace el Yo respecto de los objetos que se debe a los que conocemos como "fluctuación del Yo adolescente"; la

capacidad de funcionar casi simultáneamente en relación a un mismo objeto, con actitudes y sentimientos opuestos, sin conflicto.

Este estado de polarización en las relaciones objetal es muy característico de los adolescentes. Baste dar unos ejemplos: necesidades extremas de dar y recibir; deseos de controlar o ser controlado, fuerte idealización y acérrima detracción, tendencias activas masculinas con pasivo-femeninas a veces casi simultáneamente; por momentos rebeldes y en otras sumisos; sociabilidad y aislamientos, etc., Estas inestabilidades e incongruencias están señalando la desorganización transitoria por la que pasa el Yo en duelo al ser modificados sus vínculos externos y representaciones internas, así como un intento de tanteo con la realidad desde un Yo que se va integrando.

En todo éste desarrollo hay tres hechos muy significativos por lo esencial que encierran: el amor por uno mismo incluyendo el cuerpo; el amor por el objeto externo, y la inclusión del odio en todas las relaciones objetales.

Por ser claramente la adolescencia una etapa de duelo el Yo entraría, como en cualquier proceso similar, en un periodo de crisis. Pero como éste duelo es tan abarcativo la situación de desamparo psicológico es muy intensa de modo que el Yo como instancia mediadora y organizadora toma características del Yo temprano, en especial por su carácter omnipotente.

En esta zona elaborativa por excelencia el Yo adquiere básicamente una experiencia: reconoce que su identidad es algo que construye él con una parte cada vez más amplia del

mundo que lo rodea. Descubre que los tremendos deseos que no podía contener, o las exigencias tiránicas del ambiente pueden conformar una unidad en las que sus reales necesidades de existencia perciben los objetos según las representaciones que va modificando con la experiencia y que a su vez ésta experiencia, al comienzo idealizada, le va permitiendo descubrir que puede modificar la realidad de acuerdo con sus necesidades. O sea que la transformación es subjetiva y objetiva. La identidad se construye no solo a partir de sensaciones consideradas subjetivas sino también a partir de las sensaciones que se hace sentir a los otros, a sea, a partir de lo individual auténtico y de lo otro de lo cual se siente parte porque ayudó a la propia constitución.

El proceso se da además por medio de las seudoidentidades instrumentales que permiten un compromiso con el medio sin tener que llegar a mayores regresiones por la ansiedad confusional que traería al Yo el no actuar dentro de las "zonas". Así y paulatinamente el Yo adolescente empieza a contener a través de las nuevas representaciones que le da la experiencia, las pulsiones internas que sentía incapaz de sufrir limitaciones en sus exigencias y simultáneamente tiene también otra percepción de las exigencias del medio a las que también descubre transformables. (Fernández Moujan, 1972)

La identidad en sentido estricto está salvada, o sea, permite al Yo tener autoconciencia de que su historia, su cuerpo y su ambiente social lo determinan y a su vez él determina definiendo a su persona.

Paralelamente en relación a ésta zona, el resto de la realidad disociada, tanto subjetiva como objetiva va siendo incorporada en la medida que el Yo se fortalece, porque es más contenedor y porque su cuerpo se termina de desarrollar así como su forma de pensar.

Llegamos de ésta manera a los 15-16 años, época en que teóricamente ésta zona (del Yo) idealizada empieza a resquebrajarse y a aceptar más lo disociado y rechazado del self (si mismo) y del mundo externo.

En este momento del proceso empiezan a tener importancia las relaciones de objeto ambivalentes, "lo bueno y lo malo" empiezan a integrarse. La zona transicional va dando cavida a un nuevo tipo de relación con la realidad mucho mas amplio que podríamos llamar de compromiso, en el sentido que existen de parte del Yo renuncias a muchos de sus deseos de existir teniendo entonces que aceptar relaciones más reactivas (artificiales) que no llegan a anular la propia identidad.

En ésta época (15-18 años) los adolescentes tienen una actitud, en particular con los padres de mayor "amabilidad" y cierta reserva, renunciando a la omnipotencia infantil de mantener, aunque sea en determinadas zonas, la ilusión de que el medio reacciona favorablemente a los propios requerimientos sin necesidad de modificarlo y modificarse. También es cuando las depresiones comunes y las patologías tienen mayor frecuencia, y cabe suponer que es justamente porque el Yo puede tolerar más las relaciones objetales ambivalentes, principales motivadoras de los sentimientos de culpa.

Y es también en ésta edad cuando se puede observar la plena capacidad de pensar que tiene el Yo adolescente, así como de renunciar de una manera más concreta al narcisismo |se arriesgan querer o sea a defender (nacen las primeras parejas mas diferenciadas).

De todos modos, todos estos cambios son graduales y llegan a su plenitud (teóricamente hablando) a los 18 años. Aquí verdaderamente se abandona totalmente la "zona" transicional y se acepta en el contexto social el nuevo núcleo de pertenencia que conformará la nueva identidad naciente. Los Yo "corporal", "psicológico" y "social" se integran definitivamente. El empobrecido Yo psicológico de la pubertad, es inmediatamente fortalecido por el Yo "corporal" (zona transicional) para luego fortalecerse por el YO "social" (zona de compromiso).

De más está decir, entonces, los trastornos que puede traer en el desarrollo y logro de la identidad del Yo, el perturbar excesivamente la vida de los adolescentes en su zona y apurar o exigir sus "compromisos". Una cosa es someterse (por mas aceptable que pueda parecer) a un sistema social con sus pautas culturales, y otra es asumirlo como algo propio susceptible de ser transformado como la propia identidad del Yo. Este aprendizaje tendría que realizarse durante la adolescencia. (op. cit.)

. Aspectos sociales de la adolescencia.

4. 1. La familia y la sociedad.

Para poder hablar del adolescente inmerso en la sociedad tuvo que ser necesario haber conocido y recorrido todo lo que anteriormente hemos descrito. El rol que juega el joven en nuestra sociedad es por demás diverso. Se deben tener en cuenta diversos aspectos; no es lo mismo la adolescencia en los países occidentales que en los orientales. La cultura determina el papel y el desarrollo del periodo adolescente de manera marcada, en las culturas orientales, por ejemplo los cambios de objeto no son tan variados ni tan complejos como en occidente por lo que el adolescente no tarda mucho tiempo en identificarse. Para la mujer en ésta misma cultura su rol ya está establecido con anterioridad y nunca se le es permitido desviarse, por lo que las identidades están sujetas a la tradición cultural.

Para lo que nos ocupa hemos tomado en cuenta el modo de cultura que nos pertenece y de manera generalizada, sin importar el nivel socio-económico ni cultural, explicar de manera mas o menos clara la problemática que nos ocupa.

Para poder hablar del adolescente en la familia no nos será necesario ocuparnos de un tipo de familia en específico. Como todos sabemos existen tantos tipos de familia como adolescentes hay, lo haremos desde un marco general y tomando al adolescente como hasta ahora lo hemos hecho, esto es, hablaremos del adolescente como insertado en una familia común. Sólo al final de éste capítulo hablaremos un poco de los adolescentes que se desarrollan en familias de bajos recursos y fuera de las ciudades, con el único fin de ejemplificar y hacer más claras las diferencias que marca el medio en la consecución o no de una adolescencia normal.

Como lo habíamos remarcado anteriormente, el adolescente es un sujeto de duelo, duelo que debe superar para lograr una identidad que ponga en concordancia las instancias psíquicas del individuo. Ocurre que también los padres viven los duelos por lo hijos, necesitan hacer el duelo por el cuerpo del hijo pequeño, por su identidad del niño y por su relación de dependencia infantil. Ahora son juzgados por sus hijos, y la rebeldía y el enfrentamiento son más dolorosos si el adulto no tiene consciente sus problemas frente al adolescente. El problema de la adolescencia tiene una doble vertiente que en los casos felices puede resolver en una fusión de necesidades y soluciones. También los padres tienen que

desprenderse del hijo niño y evolucionar hacia una relación con el hijo adulto, lo que impone muchas renunciaciones de su parte.

Al perderse para siempre el cuerpo de su hijo niño se ve enfrentado con la aceptación del devenir, del envejecimiento y de la muerte. (Aberastury y Knobel, 1980)

La emergencia de un adolescente en la familia, del chico que se convierte en joven, es un hecho triple, familiar, social y personal. Si tomamos al adolescente como producto de un largo y complejo trabajo de interacciones podemos objetivarlo como un hecho que "padece" la familia, el propio adolescente y la sociedad, la aparición de una nueva generación en pugna.

La "identidad", y la "estabilidad" y la "satisfacción" del grupo se verán seriamente perturbadas. Como todo hará crisis, podrá asumir entonces una nueva identidad no solo el adolescente como persona, sino también la familia como grupo.

Aquí es importante señalar que una familia bien arraigada sería la que esté acorde con las modalidades de la sociedad donde vive y a la cual el adolescente debe incorporarse. Las familias desarraigadas dificultarían el pasaje de los hijos a la adolescencia. Entonces, la tarea de la familia sería elaborar ésta nueva asunción de roles que cambian la estructura, contribuyendo al desarrollo de las identidades, creando necesidades y normas nuevas, que

forman el continente apropiado para la elaboración de la adolescencia en la familia y su inserción en el contexto social y político (posteriormente).

Comencemos por el hecho más común, tratar de hacer recaer en el reciente adolescente la enorme desorientación en que se sume toda la familia ante la emergencia de un nuevo cuerpo y una nueva forma de influencias sociales (política, estudiantil, universitaria, modas, pandillas, nuevos valores, normas generacionales, etcétera, etcétera, etcétera.). Esta desorientación da como resultado en el adolescente una apariencia de comportamiento algo torpe.

La depositación masiva de todas éstas características en el adolescente se pueden deber, en primer lugar, a que los padres pueden así mantener su rol de autoridad incontaminada (con privilegios) y, en segundo lugar, a que así también se mantiene la estructura del grupo incontaminado, e inclusive se hace vivir sus cambios al adolescente como algo extraño que lo idiotiza (desvalorización).

En la actualidad la crisis proveniente de la adolescencia como hecho concreto no recae tanto sobre los adolescentes, sino, mucho más que antes, sobre el grupo familiar y en especial los padres. Los adolescentes están ahora más defendidos como generación, saben mucho más acerca de lo que no quieren ser (los medios de comunicación plantean diversas formas de identificación) y tienen cierta idea acerca de lo que quieren ser. Ellos mismos reciben los impactos culturales y políticos de manera más directa, no tanto a través de los padres y maestros se socializan sin esperar demasiado a que los padres les transmitan su

modo de inserción en la sociedad. Todos estos hechos, entre otros ponen a los padres frente a un fenómeno mucho más violento, que trasciende los límites familiares, un hijo adolescente es además una generación en pugna que se inserta dentro del mismo seno familiar.

Para la familia, especialmente para los padres, el adolescente representa en el sentido simbólico lo instintivo, las posibilidades y el "caos", vale decir, "el negativo" de lo que simboliza la vida de los padres en su infancia. Para el adolescente éstas vivencias paternas no coinciden con su realidad, pues él todavía "actúa" o "juega" muchas de las adjudicaciones paternas. Estas funciones tienen para el adolescente más imitación y desafío que realidad, lo que le permite moverse con un alto grado de disociación. La situación despierta en los adultos diversos sentimientos respecto a los adolescentes.

Sabemos que además de la familia hay otros grupos o lugares donde el adolescente podría elaborar su situación, pero ésta tiene una particularidad que la diferencia del resto de amigos, del club, colegio, etcétera, etc.). La posibilidad de realizar sus transformaciones dentro del marco familiar permite mantener intacto el sentimiento de continuidad de la identidad del Yo, tan útil para conservar la integridad. (Fernández Moujan, 1972)

Si repasamos un poco lo expuesto se puede señalar el muy notable efecto que tiene en el grupo familiar un adolescente cuando se le da cabida como tal. Por lo pronto los padres recuestionan su vida, rejuveneciendo al dejar de lado el rol de privilegiados y aceptar nuevos planteos que tienen algo de propio, dado que consciente o inconscientemente existe un Yo grupal. Es lamentable el ver como a veces al rechazar la adolescencia de sus hijos se están

rechazando su posibilidad de integrar a la vida aspectos juveniles que podrían llegar a cambiar su rumbo, su inserción en el mundo.

La familia actúa dentro de ésta crisis como un "puente", un catalizador cuyo fin es ayudar al hijo adolescente a lograr su adultez. Como padres y grupo familiar asumen un importante rol social al poder identificarse con el hijo y sentir la sensación de crecer con él. Recuperando así lo perdido, como miembros de la sociedad adulta gozan de la gratitud consiguiente. Por eso, para una familia comprometida socialmente tener un hijo adolescente sería al mismo tiempo una despedida y una bienvenida.

En la familia "estandar" podemos encontrar el desarrollo adolescente normal también "estándar". Sin embargo en familias como las que pululan en nuestro país, es normal encontrar una gran variedad de familias con hijos adolescentes también de los más variados comportamientos

En la familia indígena por ejemplo, no existe a mi modo de ver, una "anormalidad" susceptible de crear una adolescencia enferma, en éste sentido se puede expresar que hasta cierto punto la adolescencia es un lujo (por todo el proceso que la adolescencia significa).

Muchos autores han caracterizado a la familia y han establecido una especie de catálogo para su clasificación. Así se puede hablar de familia cerrada, abierta, aglutinada, permisiva, etc. Para los fines que éste trabajo persigue, no se tomará en cuenta una clasificación en particular. Entendemos por familia estándar aquella que se inserta en la clase media de y

nuestra sociedad, la familia urbana que tiene su asentamiento en las sociedades industriales cercanas a las capitales.

En las clases urbanas pobres, la patología de la adolescencia es el resultado de la desarticulación familiar. Madres solteras, padres ausentes, rivalidad fraternal, condicionan patologías adolescentes particularmente masculina, sin que esto excluya a la femenina. En las zonas conurbadas a las grandes ciudades, es común ver brotes de inconformidad representadas por la violencia en manos de adolescentes carentes de una identidad general y que, al no existir otra alternativa, vuelcan en la destrucción la energía que no logra catectizar en la búsqueda de objetos de amor sublimados (ver "Que transa con las bandas" de García Robles, 1987)

En las clases media y superior el sistema de valores de la familia, se enlaza al concepto de poseer y tener más que al de ser y estar. Poseer y tener se transforman en meta más que en medio. La escuela y la familia apoyan y dan validez a esta concepción.

La familia forma parte, en su concepción como grupo primario, de un gran conglomerado de familias que conforman lo que conocemos como sociedad. Pero es ahí, en la familia, donde el adolescente aprende a introducirse en la sociedad. Un mal ajuste en la relación familiar creará un obstáculo para el ingreso del joven a la sociedad. Las familias enfermas crearán adolescentes enfermos .

El término sociedad denota una agrupación perdurable de personas que comparten ciertas maneras relativamente estables de hacer cosas que expresan sus modos peculiares de ver la realidad, y que emplean símbolos determinados para representar esos modos de ver. La sociedad crea todo un universo de normas-leyes, costumbres, usos y prácticas para perpetuar los valores comúnmente aceptados y para afrontar los diversos problemas que experimentan todos los miembros (grupo para el progreso de la psiquiatría: comité de adolescencia de Estados Unidos, 1968). Todos estos modos de conducta elaborados constituyen la cultura de una sociedad.

El nacimiento en sociedad es un cambio de situación donde se reemplazan los vínculos de familia: es acompañado de impulsos sexuales cargados de agresión y de una fuerte represión posterior.

Se buscan objetos idealizados a quienes someterse, generalmente bajo grandes juramentos y pactos, alejándose así de su familia con un padre desidealizado, incorporando ahora en ídolos y prohibiciones sociales. Pero lo más interesante surge con los impulsos sexuales intensivos que son proyectados en un ídolo omnipotente que realiza los deseos reprimidos, o en el otro sexo. El varón idealiza en las chicas, y éstas aceptan la actitud fálica, dado que así niegan la realidad (puesto que las chicas no tienen pene), y las chicas desvalorizan en el varón, y este acepta el pene real, negando otra vez la realidad. Esta negación de la realidad e idealización temporaria permiten hacer el pasaje paulatino de la bisexualidad fantaseada a la heterosexualidad, donde tendrán que enfrentar con toda crudeza el conflicto edípico. Esto es

posible normalmente cuando las fantasías pregenitales se han ido modificando con la experiencia.

Dentro de éste mismo concepto, la rebelión puede ser expresión de protesta frente a los roles sociales que amenazan con romper la dependencia infantil. También hay rebelión contra la prepotencia de los adultos que impiden la asunción de nuevos roles por la adolescencia, o por evitar la propia tendencia a asumir esos roles. Es frecuente observar a los adolescente tratando de hacer un mundo a su imagen (marginándose), o creando ídolos para compensar la desidealización paterna. Estas tendencias pueden llevarlos a un verdadero aislamiento social o intelectual. Las formaciones reactivas de todo tipo tratan de encubrir el dolor por verse movidos del refugio familiar, o por verse impedidos a desarrollar la propia identidad. (Fernández Moujan, 1972)

El adolescente puede observar ahora una sociedad con roles asignables más libres, y un código que es portador de mensajes indirectos para imponer estos roles: en contraste con lo social en la familia, a donde los roles (padre-hijo) no son asignables sino definidos en si mismos y los códigos menos indirectos. No obstante, la misma sociedad envía mensajes que no corresponden a la expectativa generacional y otro factor agrava la confusión: cuando la sociedad no tiene claramente definidos sus roles envía mensajes cargados de metamensajes contradictorios.

Finalmente, es en la interacción con la sociedad donde el adolescente encuentra su verdadera identidad, la que ha de llevarlo a la etapa adulta de la manera en como él haya estructurado esa personalidad.

4. 2. Los grupos.

El grupo de pares es muy importante por cuanto ofrece un sólido apoyo a los adolescentes, tanto individual como colectivamente, en su actitud característica de duda y desafío ante los valores e instituciones culturales adultos. Los niños suelen protestar y rebelarse, pero su dependencia y su inmadurez los mantienen mucho más estrechamente vinculados con sus padres que con sus pares. En consecuencia, los adolescentes están en condiciones de someter a los valores culturales aprendidos en la niñez a un examen y a una crítica minuciosa y a veces devastadores, para saber si son aplicables al mundo de hoy, tal como lo ven ellos. Algunos parecen no aceptar, ni siquiera superficialmente ningún valor adulto; otros pasan por una fase de experimentación en varios sistemas de valores distintos, como parte de su búsqueda de una identidad: otros sienten la necesidad de aceptar los valores adultos para sobrevivir en un mundo definido por los adultos: otros llegan a identificarse positivamente con los adultos y sus valores, pero temen perder su independencia y su autonomía recién conquistadas y ser absorbidos por el adulto.

En la transición de la niñez a la adolescencia el adolescente está acompañando por sus padres. Este grupo le ofrece una sensación de pertenencia y también de fuerza y poder que son muy importantes para él. Para lograr su aceptación por el grupo el joven tiende a menudo a un total conformismo en materia de vestimenta, peinado, gustos musicales y cosas similares. El grupo de pares, cuya gran expansión permiten los medios modernos de transporte y comunicación, constituye actualmente una cultura adolescente que posee su propio idioma, sus costumbres instituciones sociales, modos y métodos de resolver problemas y filosofías. El grupo es un fenómeno típico de la adolescencia. Permite a los adolescentes sentirse contenidos dentro de una zona intermedia que ya no es la familia, ni aún la sociedad, como estructuras. Se puede considerar al grupo como un objeto transicional (Fernández Moujan, 1972) en tanto permite al adolescente mantener la ilusión de que pertenece a un sistema que en gran parte lo protege de la responsabilidad social y de la diferenciación sexual (sexualidad genital) pero que a la vez los incluye en la sociedad como seres sociales y sexuales (adultos), como grupo. El adolescente, al percibir la realidad, necesita de un aprendizaje que se realiza en ésta zona intermedia (el grupo) que se le llama transicional por estar entre lo subjetivo y lo objetivo, de manera tal que todo sea percibido como unidades relacionales en permanente procesamiento transformador. La aceptación de ésta "zona" permitirá romper con la falsa opción entre lo subjetivo y lo subjetivo para establecer una interacción donde las fronteras individuales o familiares ceden en aras de un sentimiento de identidad más abarcativo, como sentirse parte de una sociedad en un proceso de transformación constante. Este sentimiento de identidad surge de recién cuando el yo deja su primitivo núcleo de pertenencia y pasa a integrar un núcleo no familiar que lo inserta

como miembro activo en una comunidad: en la colonia, por ejemplo, y por la extensión en su pueblo-nación. Ya se a señalado que, en la búsqueda de su identidad adolescente, el individuo, en ésta etapa de la vida, recurre como comportamiento defensivo a la búsqueda de uniformidad, que puede brindar seguridad y estima personal. Ahí surge el espíritu de grupo al que tan afecto se vuelve el adolescente. Hay un proceso de sobre identificación masiva, en donde todos se identifican con cada uno. A veces el proceso es tan intenso que la separación del grupo parece casi imposible y el individuo pertenece más al grupo de coetáneos que al grupo familiar.

No puede apartarse de la "banda" y de sus caprichos o modas. por eso se inclina a los dictados del grupo, en cuanto a modas , vestimenta, costumbres, preferencias de distinto tipo, etc, etc. (Aberastury y Knobel, 1980).

De ésta manera, el fenómeno grupal adquiere una importancia trascendental ya que se transfiere a el grupo gran parte de la dependencia que anteriormente se mantenía con la estructura familiar y con los padres en especial. El grupo constituye así la transición necesaria en el mundo externo para lograr la individuación adulta. El grupo resulta útil para las disociaciones, proyecciones e identificaciones que siguen ocurriendo en el individuo, pero con características que difieren de las infantiles. Después de pasar por la experiencia grupal, el individuo podrá empezar a separarse de la "banda" y asumir su identidad adulta.

Cuando durante éste periodo de la vida del individuo sufre un fracaso de personificación, producto de la necesidad debe dejar rápidamente los atributos infantiles y asumir una

cantidad de obligaciones y responsabilidades para las cuales aún no está preparado, recurre al grupo como un refuerzo para su identidad. Se ve también que una de las luchas más despiadadas es la que se lleva a cabo en una defensa de la independencia en un momento en que los padres desempeñan todavía un papel muy activo en la vida del individuo. Por eso es que en el fenómeno grupal el adolescente busca un líder al cual someterse, o si no, se erige él en líder para ejercer el poder del padre o de la madre.

Si hacemos a un lado la escala de valores con la cual juzgamos la agrupaciones y vinculaciones humanas, y nos adentramos en la dinámica de la pandilla, encontramos en ésta una estructura encomiable, digna de ser imitada por aquellos que lo acusan: Familia y sociedad. La pandilla no es patológica en su estructura sino en la utilización antisocial que de ella se hace. En la pandilla hay un líder que impone un sistema consistente en valores y reglas. En ella, el adolescente adquiere identidad; se siente aceptado cuando lleva a cabo tal o cual ordenamiento, los cuales son consistentes, a diferencia de los artificiosos y en ocasiones confusos aportados por el hogar. En la pandilla existe un sistema de normas rígidas seguidas leal y estructuralmente. Claro está que éste armazón carece de principios propios. habitualmente erige sistemas de valor que no son sino la negativa y oposición sistemática de valores estructurados por la familia, ésta última agente y vector de la primera. (Ramírez Santiago, 1975).

Lo particular de la adolescencia en éste aspecto es que lo que se cuestiona es, entre otras cosas, el núcleo de pertenencia familiar así como el individuo se enfrenta a la necesidad de romper sus fronteras en la búsqueda de nuevos núcleos de pertenencia que definan su

identidad. Parece claro que el grupo permite ésta ruptura de la primitiva identidad y la apertura hacia lo no familiar.

Las causas que llevan hacia la nueva identidad, no familiar son diversas, según Fernández Moujan (1972), a saber.

1) El desarrollo corporal con todas sus implicaciones de orden sexual provoca la necesidad de buscar fuera de la familia nuevos objetos de gratificación, que permitan resolver el conflicto entre los tabúes y den seguridades que reemplacen las "ligas" familiares infantiles.

2) La necesidad de manejar los sentimientos de amor y de odio en áreas donde lo familiar no entre tanto en juego, pues provocaría tanta angustia que sería intolerable para el yo.

3) El mundo de las ideas y actividades hace explosión debido al mayor desarrollo intelectual y físico, lo que lleva a buscar fuera de lo familiar la zona para sus descubrimientos y aprendizajes.

4) Por último la necesidad de expansión de núcleo de pertenencia familiar hacia nuevos sentimientos de pertenencia que desarrolla la identidad. Estos sentimientos empiezan a adquirir sentido alrededor de los 17 o 18 años, aunque se puede detectar esta necesidad surgida de la lucha por la identidad, en otras edades. En los púberes, por ejemplo, en la forma de la pertenencia a un equipo de fútbol, a una pandilla; en los adolescentes medios a la pertenencia a la "banda", a una tendencia religiosa o política, a un club, a un colegio, a un barrio, etc, etc. Pero recién alrededor de los 18 años los distintos grupos se abren al ámbito

social, identificándose más fácilmente con sectores en pugna. Remarcamos "sectores en pugna" porque como para los adolescentes la búsqueda de la identidad es una lucha, se identifican fácilmente con el sector oprimido del pueblo que lucha o con el sentimiento nacional que se defiende de los imperialismos.

La famosa pandilla o grupo de adolescentes típico cumple dos etapas antes de su disolución como grupo tradicional: La primer pandilla se forma en la pubertad y se extiende hasta los 14 o 15 años; la segunda "banda" se estructura alrededor de los 15 y se extiende hasta los 17-18 años. Esta división no es arbitraria. Las dos corresponden a momentos críticos de la adolescencia: En el primero se afianza la identidad sexual y el otro el pensamiento lógico-formal. En ambos la ideología tiene un progresivo desarrollo que va relacionando a los adolescentes con sus condiciones de existencia. En la pubertad la ruptura con la vieja manera de vivir el cuerpo y la sexualidad enfrenta los púberes primero con los padres y luego con las pautas culturales; la nueva forma de comunicarse es vivida como un peligro por los adultos, que entonces reprimen en nombre de las "buenas costumbres". Claro que lo que está en juego no son siempre las buenas costumbres, sino más bien la tendencia que tienen los padres y los adultos con actitudes rígidas a reproducir en sus hijos su propia visión de las cosas, a fin de calmar sus propias inseguridades tapadas por las "buenas costumbres".

La nueva ubicación del adolescente lo incluye activamente en el ámbito social donde desarrollará su personalidad. Es entonces cuando el sujeto toma conciencia de que muchos de los obstáculos para su crecimiento personal están ligados, afectiva y estructuralmente, a los obstáculos para que los otros crezcan como seres humanos (tengan identidad). Todo

esto facilitará la toma de conciencia de la pertenencia a un pueblo que también lucha por su identidad y plenitud humanas.

5. Conclusiones.

El paso por el grupo de pares en el adolescente, parece ser el fin de la adolescencia y el principio de la entrada a la etapa adulta del individuo. Podemos afirmar que se ha llegado al fin de la adolescencia cuando se ha encontrado un equilibrio entre el Yo, el Ello y el Superyo. Para poder comprender la problemática del adolescente es necesario que se inicie la investigación conociendo el desarrollo psicosexual del individuo, saber, además, todo lo que subyace alrededor del adolescente como un ente social. El conocer el pasado del individuo nos podrá llevar a una mayor comprensión de las conductas que el joven presente en el momento que atraviese por la etapa de la adolescencia. La adolescencia, como vimos, tiene un inicio biológico (con la aparición de la pubertad) y un desenlace psicológico (con la concreción del Yo y la resolución del Edipo). Una vez desencadenado el proceso biológico que da paso a la pubertad, empiezan a surgir en el individuo una serie de cuestionamientos acerca de los cambios que su cuerpo experimenta. Estos cambios desencadenan sentimientos contradictorios y a la vez plantean conflictos a lo interno y externo de las personas involucradas en este proceso biológico.

La adolescencia no es únicamente una etapa biológica de la vida ni solamente una transición entre la niñez y la adultez como tratan de hacer saber diversos artículos tendenciosos. La

adolescencia reviste una importancia capital en tanto es la depositaria de la formación del carácter del individuo que en el futuro inmediato habrá de tomar las riendas del mundo.

La consecución de la adolescencia tiene que atravesar por una serie de situaciones que pondrán a prueba al individuo. Para comenzar el púber tendrá que enfrentarse a un duelo que implicará un monto de ansiedad establecido por un cambio y mas específicamente un duelo por la pérdida de las concesiones pasadas cuando era niño. La adolescencia, y la vida en su totalidad, se caracterizan por una situación de microduelos que se presentan a lo largo del desarrollo. El duelo lleva la consigna de lograr una identidad que particularice al individuo y lo enmarque en el entorno social en que se desarrollará. Es obvio que el logro de la identidad no se da de manera automática y fácil. El logro de la identidad lleva una serie de ensayos, de cambios de objeto y de fluctuaciones del Yo, hasta establecer una identidad definida que encausará al joven en su vida adulta. Desde aquí podrá el adolescente manejar su vida futura . Existen, en este contexto, identidades negativas y positivas. El adolescente optará por una de ellas en base al placer o displacer que cada una de ellas le ofrezca.

Por lo general, es el adulto el que ha escrito sobre adolescencia y enfatizado el problema del hijo y habla muy poco de la dificultad del padre y del adulto en general para aceptar el crecimiento, estableciendo una nueva relación con él, de adulto a adulto.

El adolescente siente que debe planificar su vida, controlar los cambios; necesita adaptar el mundo externo a sus necesidades imperiosas, lo que explica sus necesidades y deseos de reformas sociales. Es decir, necesitan vivir sus experiencias para ellos. Exigirles información

y explicaciones acerca de su comportamiento es tan patológico como prohibírselas y es muy diferente a escuchar.

Para entender al adolescente no hace falta ir a los centros correccionales del Estado ni leer las estadísticas de incidencia en delincuencia juvenil, mucho menos es recomendable recurrir al cura de la parroquia para que nos haga un esbozo del joven perfecto que todos queremos tener en la familia. Aquel joven comprometido con la causa cristiana que ennoblezca la imagen de la familia ejemplar de la sociedad. Para entender al adolescente hace falta, más bien, conocer su desarrollo como una totalidad de circunstancias que comienzan desde su nacimiento y continúan hasta la llegada de la pubertad, para de ahí partir hacia lo que será su desarrollo en la juventud y, conociendo este desarrollo podemos predecir y en ocasiones influir, como profesionales del comportamiento, en la corrección de comportamientos "anormales" en el desarrollo adolescente.

BIBLIOGRAFÍA

Bandura, A, y Walters, R. H.(1964). Adolescentes agresores. Edit. Trillas. México.

Bleichmar, S.(1975). La constitución psicosexual en la infancia. Edit. Paidos. Buenos Aires.

Blos, P.(1962). Psicoanálisis de la adolescencia. Edit. Joaquin Mortiz. México.

Erikson, E.(1972). Sociedad y adolescencia. Edit. Siglo XXI. México.

Erikson, E.(1968). Identidad: juventud y crisis. Edit. El manual moderno. México.

√ Fernández, M. O.(1986). Abordaje teórico y clínico del adolescente. Edit. Nueva
visión. Buenos Aires.

☉ Freud, A. (1946). El ego y los mecanismos de defensa. Edit. Paidos. Buenos Aires.

Freud, S. (1979). Tres ensayos para una teoría de la sexualidad. Obras completas. Edit.
Amorortu. Madrid.

Freud, S.(1981). Compendio de psicoanálisis. Obras completas. Edit. Biblioteca nueva.
Madrid.

García, R. J.(1989). Qué transa con las bandas?. Edit. Posadas. México.

Grupo para el progreso de la psiquiatría.(1968). comité de adolescencia (E. EE.UU.)

Ediciones Horme.Edit.Paidos.Buenos Aires.

Klein, M.(1974). Psicoanálisis del desarrollo temprano: contribución al psicoanálisis. Edit.

Hormé. Buenos Aires.

Knobel, M. y Aberastury, A.(1980). La adolescencia normal. Un enfoque psicoanalítico.t.

Edit. Paidos. Buenos Aires.

IZT.

Laplanche, D.(1986). La teoría de la transferencia. Edit. Nueva visión. Buenos Aires.

Masters, W. y Jhonson, V. (1987). Sexualidad humana. Edit. Grijalbo. México.

Piaget, J.(1985). Seis estudios de psicología. Edit. Origen/Planeta tomo III de "Obras

maestras del pensamiento contemporáneo. México.

Ramírez, S.(1975). Infancia es destino. Edit. Siglo XXI. México.

Sherif, M. y Sherif, C. W.(1956) An out line of social psychogy. Edit. Harber. New York,



U.N.A.M. CAMPUS
IZTACALA